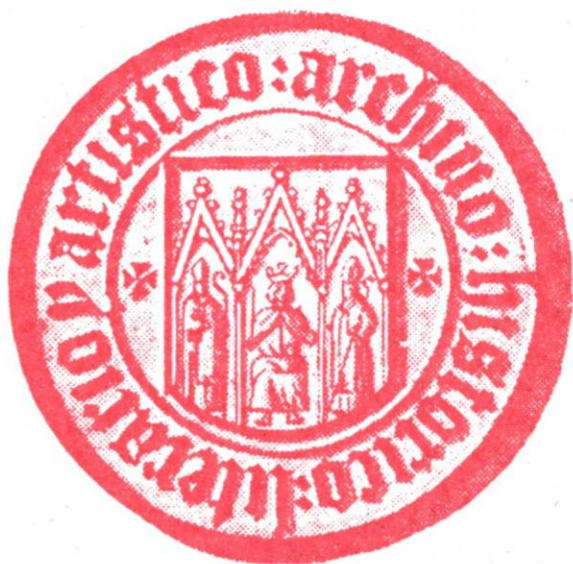


ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 1958. I.S.S.N. 0210-4067

Impreso en Gráficas del Sur - Becas, 10 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA
1993



TOMO LXXV
NÚM. 231

SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1993

ENERO-ABRIL

Número 231

Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

RAFAEL GAMERO GARCÍA

FRANCISCO MORALES PADRÓN

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M^º DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 Y 422 87 31
41071 SEVILLA (ESPAÑA)

NÚMERO MONOGRÁFICO

José Blanco White

SUMARIO

	Páginas
Número monográfico «Blanco White»	
INTRODUCCIÓN	13
ARTÍCULOS	
SECO SERRANO, Carlos: <i>La España de Blanco White</i>	17
PONS, André: <i>Blanco White y la emancipación hispanoamericana, El Español, 1810-1814</i>	31
AYMES, Jean-René: <i>La contraposición de los ideales políticos en la España de Blanco White (1808-1814)</i>	53
SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: <i>El exilio político en tiempos de Blanco White</i>	75
REYES CANO, Rogelio: <i>Blanco White y la literatura española</i>	89
ALBERICH, José: <i>Las cartas de España de Blanco White y los viajeros ingleses de la época</i>	105
MURPHY, Martin: <i>El español Blanco White en Inglaterra</i>	127
GARNICA SILVA, Antonio: <i>El heterodoxo Blanco White</i>	137
GIL GONZÁLEZ, J. M. y otros: <i>La Academia de Letras Humanas. Figuras estelares junto a Blanco</i>	155
CUEVAS, M. A: <i>Blanco White y el misterio de la noche</i>	173
LIBROS	
TEMAS SEVILLANOS EN LA PRENSA LOCAL	187
CRÍTICA DE LIBROS	
CARO, Rodrigo: <i>Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla</i> . Antonio Castro Díaz	201

RAVINA MARTÍN, Manuel: <i>Catálogo de los documentos genealógicos del Archivo Histórico Provincial de Cádiz.</i> Antonia Heredia Herrera	205
BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: <i>Andalucía. La España gótica.</i> Enrique Valdivieso	206
CÓMEZ RAMOS, Rafael: <i>La iglesia de Santa Marina de Sevilla.</i> José Fernández López	207

INTRODUCCIÓN

Recogemos en este número especial de *Archivo Hispalense* las conferencias del Seminario de Otoño que con el título de «José Blanco White y su tiempo» organizaron en el mes de septiembre de 1993 las Facultades de Filología y Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla y la colaboración de los Vicerrectorados de Extensión Universitaria de las Universidades de Sevilla y Cádiz.

Con este Seminario se celebraba académicamente el segundo centenario de la fundación de la Academia Particular de Letras Humanas de Sevilla, aquella especie de «universidad paralela» para el estudio de la Literatura y la Oratoria que organizó un grupo de jóvenes universitarios sevillanos en la última década del siglo XVIII. La Academia particular fue la mejor manifestación del Prerromanticismo sevillano, que posteriormente tendrá gran influencia en la vida política y literaria de España, como lo demuestran los nombres de algunos académicos: José Blanco White, Alberto Lista, Félix José Reinoso, Manuel María de Arjona y Manuel María del Mármol.

Las conferencias del Seminario se reunieron en dos grandes bloques temáticos, uno de ellos histórico, para situar la Academia y los académicos en las circunstancias históricas del tiempo, y otro literario-biográfico dedicado particularmente a la figura de José Blanco White. En la parte histórica, Carlos Seco Serrano, catedrático de la Universidad Complutense, sitúa a Blanco White en el contexto de la España de su tiempo; André Pons, profesor emérito en el Colegio Universitario de La Rochelle trata de un tema que ha estudiado durante mucho tiempo con todo detalle: la influencia de Blanco en la independencia hispanoamericana; J. R. Aymes, de la Universidad de París, de los diferentes ideales políticos de la España de Blanco, y Rafael Sánchez Mantero, catedrático de la Universidad de Sevilla, trata el tema general de la emigración de los políticos españoles en el tiempo de Blanco.

En el aspecto literario y biográfico, Rogelio Reyes Cano, catedrático de la Universidad de Sevilla, analiza la relación de Blanco con la tradición literaria española; José Alberich, profesor emérito de la Universidad de Exeter, encuadra las *Cartas de España* entre los relatos de los viajeros ingleses de la época; Martin Murphy, tutor en la Universidad de Oxford,

habla de la vida de Blanco en Inglaterra; Jesús Díaz, profesor de la Universidad de Sevilla, sobre la obra poética de Blanco, y Antonio Garnica, catedrático de la Universidad de Sevilla, sobre la heterodoxia de Blanco.

Los participantes de la mesa redonda sobre la Academia Particular, Dres. J. Matías Gil, Juan Naveros, Juan Rey y Antonio Ríos, investigadores de Alberto Lista, Manuel María de Arjona, Manuel María del Mármol y Félix José Reinoso, respectivamente, hacen un estudio de lo que fue aquella sorprendente institución.

Antonio GARNICA SILVA
Rafael SÁNCHEZ MANTERO
Directores del curso

BLANCO WHITE Y EL MISTERIO DE LA NOCHE

I. PROLEGÓMENOS: EL EXILIO COMO CONDICIÓN EXISTENCIAL

Por fin la época en que era práctica obligada vituperar la figura de José María Blanco White ha pasado a la historia: y una nueva recepción de su actitud vital e intelectual permitió a Iris M. Zavala hablar del *andaluz ejemplar* (1), a otros ponderar los esfuerzos que realizó en Inglaterra para aproximar España a un diálogo fructífero con la cultura europea (2) (corrían otros tiempos, y mirar hacia adelante no era aún sumergirse en el abismo, o mentir). No todo, sin embargo, fue silencio después de su muerte. Ilustres comentaristas, leídos al revés, propiciaron el acercamiento a su figura: es el caso de don Marcelino Menéndez y Pelayo, eximio paladín de la cristianidad. De no ser así, mediante una consciente lectura empeñada en buscarle las vueltas al discurso, ciertamente nada se hubiera recuperado del pensamiento de Blanco a través de los escritos de los mentores del nacional-catolicismo. Ni es casual que una veraz reintegración de su talante espiritual haya debido venir desde el exilio. (Él, mejor que nadie, ofrece la clave para la intelección del exilio como condición existencial: la disidencia, escribió, es la característica suprema de la libertad. Y el cariz de esta reflexión explica, más que cualquier intento de atención a descarnados datos externos, la raíz última de la andadura vital de Blanco, que hay que localizar, durante sus años españoles, en el dilema de un ánimo progresista que desprecia la altanería de la despótica razón ilustrada, la misma que durante buena parte del siglo XVIII se había venido constituyendo en portaestandarte de las

(1) «Románticos y liberales», *Historia y crítica de la literatura española. V. Romanticismo y realismo*. Barcelona 1982.

(2) Cf. p.e., NAVAS RUIZ, Ricardo: *El Romanticismo español. Documentos*, Salamanca 1971.

lucis, la francesa —europea, avanzada— razón de estado; y que en nombre de este desprecio, de esta suerte de repulsión ante la anomalía intelectual y moral que supone aceptar un orden de cosas impuesto a partir de motivaciones de macropolítica ajena, aun sin renunciar al fermento intelectual de donde nace como fruto espurio, decide adoptar el partido de los llamados *patriotas*, de los que no se pliegan a los intereses del invasor francés, aun consciente —como se lee en *Letters from Spain*— de haberse dejado ir hacia la cuna de la intolerancia. En tal estado, escindido y contradictorio, perfectamente conocedor de que ha sumado su voz a otras a las que también les *duele España*, como las de Jovellanos o Quintana, pero además a las de quienes gritan bárbaros e ignorantes en nombre de la muerte, ciegos en una España de mitos cristiano-viejos, inicia Blanco su efectiva colaboración en lo que él mismo llamó la revolución social: una tarea fundamentalmente encauzada a través del *Semanario patriótico*, cuya segunda época dirigió, y que pretendía que la guerra de independencia contra los ejércitos napoleónicos fuera la ocasión para la superación del antiguo régimen, y no simple pretexto para la reinstauración y el reforzamiento de la monarquía absoluta. Agrias polémicas, entre otras la sostenida con el propio Jovellanos (3), el convencimiento de la imposibilidad efectiva de su intento y la insostenibilidad de una crisis de fe, que venía arrastrando al menos desde 1805 y que había de sobrellevar junto a su estado de eclesiástico, le inducen a abandonar España en 1810: en el exilio —físico, exterior— se le aparece la clave de una vida digna, coherente. En Inglaterra, sin embargo, con la desproporcionada pasión del neófito, busca agarraderas a su nueva condición: recupera en el anglicanismo la fe perdida, participa activamente en campañas contra los *papistas*; incluso, en nombre de la lucha frente a la intolerancia católica, cae en la intolerancia al escribir —en *Evidence against Catholicism*— contra los derechos de los católicos irlandeses. Pero una especie de *tacto interior delicadísimo* —las palabras son del propio Blanco— le avisa de la inconsecuencia: de todo se desposee, renuncia a sus prebendas como *Master of Arts* en Oxford, escribe un alegato contra cualquier tipo de ortodoxia —*Observations on Heresy and Orthodoxy*—, se refugia en fin, en su búsqueda apasionada de una razón providencial que explique el caos, entre los unitarios de Liverpool, una congregación en la que cree encontrar el único dogma aceptable: la ausencia de dogmas: vale decir, el exilio —*espiritual, interior*— (4).

(3) Cf. LLORENS, Vicente: «Jovellanos y Blanco. En torno al *Semanario patriótico* de 1809», *Nueva revista de filología hispánica*, XXX, 1961.

(4) Muy otra es la interpretación tradicionalista del exilio (o, como aquí se prefiere decir, *los exilios*) de Blanco, marcada fundamentalmente por los comentarios que escribiera Menéndez y Pelayo y sustentada en la interesada construcción de un personaje apóstata y antiespañol (cf. sobre todo la *Historia de los heterodoxos españoles*— cito por la ed. de Madrid, 1956, 2

Han sido dos exiliados (geografía e intelectualmente) los que han servido a la cultura española, a menudo tan autocomplaciente, la recuperación de un pensamiento cuya entidad excede en mucho a las dosificadas, sancionadas, toleradas medidas de los livianos combinados ideológicos en boga: Vicente Llorens, que restauró la herencia de Blanco con el rigor y la simpatía (el *padecimiento compartido*) de un sabio profesor: Juan Goytisolo, que leyó su obra con la lucidez que da la pasión (¿quién dijo que aquélla es fruto de un ente de razón conocido por *objetividad?*), desgajándola de la ilustre carcoma del olvido (5).

vols.). Ya Juan Goytisolo desmontó en su edición de la *Obra inglesa* de Blanco (Buenos Aires 1972) lo que no es sino una más de las manipulaciones históricas de la recalcitrante derecha española. Menéndez y Pelayo fue uno de los que contribuyó, por lo demás, a mantener la leyenda del libertino Blanco al hacerse eco de la especie vertida por Bartolomé José Gallardo (cf. «Noticias biográficas y críticas [sobre Blanco]», en Marqués de Valmar, *Poetas líricos del siglo XVIII*, 3 vols., Madrid 1869, 1871, 1875, vol. III) sobre la existencia de varios hijos, fruto de una relación ilícita, que provocaron la huida de Blanco a Inglaterra. El comentario que añade al respecto Menéndez y Pelayo es de lo más jugoso: «¡Que siempre han de andar faldas de por medio en este negocio de herejías!» (*Heterodoxos*, 919). A pesar de ser el primer expositor de una falsedad biográfica que ha servido después a muchos comentaristas para articular una culpablemente errónea explicación de la emigración del escritor, Gallardo no alcanza los furibundos grados de sus continuadores, pues afirma que la salida de Blanco de España con su mujer (sic) y sus varios hijos (sic), para darles nombre y carrera en Inglaterra abrazando la fe protestante, «hace honor a los naturales sentimientos de su humano corazón». Ilustraciones sucesivas, es decir reproducciones más o menos acremente adornadas de las especulaciones de Gallardo, marcan la recepción de Blanco por parte de los historiadores de la literatura española hasta el punto de convertirse el hecho casi en una cuestión de tópica interpretativa. Blanco García (*La literatura española en el siglo XIX*, I, Madrid 1909, 3^a), Cejador (*Historia de la lengua y literatura castellana*, VI, Madrid 1917), Alborg (*Historia de la literatura española*, III, Madrid 1975), por citar sólo algunos de los más representativos e influyentes manuales antiguos o modernos, dan cabida al apócrifo acontecimiento; Fernando Lázaro Carreter («La poesía lírica en España durante el siglo XVIII», *Historia general de las literaturas hispánicas*, IV, Barcelona 1953) lo utiliza incluso como fundamento de una disquisición psicologista acerca de la patología huidiza de Blanco. Pero es Joaquín de Entrambasaguas quien pone la guinda en esta sucesión de despropósitos, con penosa y ridícula saña, al tachar de *desaprensivos* a quienes se han acercado a la figura de Blanco sin pertrecharse de la impedimenta nacional-católica (cf. «La traducción castellana del famoso soneto de Blanco-White», *Revista de literatura*, VI, 1954). Tampoco, por otro lado, las figuras más representativas del liberalismo español contribuyeron a que el pensamiento de Blanco fuera atendido y respetado: declarado por las cortes de Cádiz enemigo de la patria a raíz de su campaña por la emancipación de las colonias americanas, enzarzado más tarde en polémicas encendidas con Antonio Alcalá Galiano a propósito de algunas novelas históricas de segundo orden, Blanco pasó a ser, sobre todo en España pero también en Inglaterra, un intelectual que ni se reconocía en los marcos de referencia ideológicos habituales ni era conocido por nadie de ellos: un absoluto disidente.

(5) Obra fundamental, que marca un cambio de sentido en la recepción de la figura de Blanco en España, es *Liberales y románticos* (Madrid 1954) de Vicente Llorens, editor además de una *Antología de obras en español* (Barcelona 1971) del escritor sevillano y autor de una amplia nómina de trabajos específicos. Ya se ha aludido a la trascendencia de la «Presentación crítica» de Goytisolo a su antología de la *Obra inglesa* de Blanco.

Un alto precio hubo de pagar José María Blanco White para perseverar en su ardentemente perseguido exilio, el de la renuncia: a la magistralía sevillana, a su privilegiada situación en Oxford, a su acomodo dublinés. Y aun el óbolo —pero éste bien lo previó— de las edificantes acusaciones de los padres de la patria, o de quienes en nombre de una estrecha noción de coherencia ven contradicción donde sólo un afanoso peregrinaje va cimentando una verdad siempre anhelada y nunca poseída: la verdad, como algunos han sabido y dejado dicho, es el camino estricto de su búsqueda; o un sueño: el sueño de un Dios deseado, tan inaccesible en su pureza que cualquier añadido le es espurio.

El único amigo de la juventud que lo visitó en Inglaterra, Alberto Lista, anotó que José María y la felicidad eran conceptos excluyentes. La desazón, profunda y clarividente, que traslucen muchos de los escritos de Blanco, ha hecho que su figura se celebrara como la de un espíritu moderno. Y quizá una visión tal muy bien se acomode a los contemporáneos fastos que ponderan el nuestro como el mejor de los mundos. Pero la modernidad de José María Blanco White no es la de la afirmación, es la de la duda; y su pensamiento continuaría desvelando falsas tolerancias allí donde siguiera promoviendo sonoras celebraciones la falacia de la libertad.

II. EL CONTEXTO: LOS TEXTOS POÉTICOS

Un largo poema, escrito en torno a 1805, la *Elegía* o *Epístola* (según el original, manuscrito o impreso, que se considere) a *Quintana* (6), merece particular atención; se trata del texto poético de mayor entidad de cuantos se conocen de Blanco en español y es indicio precioso de la sensibilidad creativa del escritor en los años inmediatamente anteriores a su partida hacia Inglaterra. La variante aportada por Dendle, con relación al texto publicado por M.V. de Lara, desdice, sobre todo por lo que afecta a la temática, cualquier interpretación del poema en tanto que exclusivo fruto de una suerte de sentimentalismo melancólico; al exhumar la *Epístola*, el editor moderno destaca en el conjunto del poema, a pesar del «occasionally ponderous tone of the *Elegia*, its note of bitter personal despair, its themes of alienation and

(6) Cf. M.V. de Lara, «Nota a unos manuscritos de José María Blanco White», *Bulletin of Spanish Studies*, XX (1943). El poema, según el original manuscrito (*Elegía*), publicado con leves variantes por Llorens en *Antología de obras en español*. La exhumación de la primera versión impresa (*Epístola*) se debe a B.J. Dendle. «A note on the first published version of the *Epístola* a D. José Manuel Quintana, by José María Blanco», *Bulletin of Hispanic Studies*, LI (1974).

the impossibility of satisfying a divinely-inspired craving for human love, and, in the *Revista de Madrid* version, its element of rebellion and of sympathy for the outcast» (7). En los endecasílabos blancos de la composición alternan características descripciones sentimentalistas de abandono al llanto («No, ya no espero alivio/ sino en el llanto, el llanto de ternura/ que ahora derramo en tu piadoso seno») con otras de marcado carácter expresivista («Te engañas... Sombras son, falaces sombras/ que en la distancia crecen. Fieros lazos/ que ligan al tormento o que destrozan/ al que quiere escapar»); pero son las imágenes de profunda emotividad patética las que predominan («Campos de soledad y horror le cercan:/ vuelve y revuelve la espantada vista,/ y el valle y la pradera desconoce/ [...]. De nubes/ cubierto el rostro, pálido se muestra/ el yerto sol a esta región no tuya/ [...]. ¿No ves el campo yermo encanecido/ de aguda nieve?»). Todo sugiere, continúa Dendle, «an attitude which is clever to that of the Romantics than, for example, to the *dulzura* cultivated by the poets of the Salamanca school» (8). Si no son de pequeña importancia los elementos de estricto sentimentalismo de la composición, es cierto que la captación patética de la naturaleza que manifiestan bastantes de sus versos (9) reconduce aquél en una dirección que, aunque integra el inmediato fin de la conmoción, se acerca a otro de mayor énfasis expresivo, sentido en el que la alusión al desorden social supone —al margen de su significado temático— una efectiva superación del didactismo moral tantas veces encubierto bajo la capa del decoro.

Pero al lado de éste podrían traerse a colación otros ejemplos muy característicos de poesía de obvio asunto ilustrado, escritos por los mismos años del poema *A Quintana*, que reproducen aún el tono dominante en los primeros ejercicios poéticos de Blanco, en los que, junto a idilios gessnerianos, predominan los habituales temas de la extensión de las luces a despecho de la superstición, sin que dejen de advertirse incluso muestras de un traslaticio sentido peyorativo otorgado a imágenes emblemáticas de la literatura de tema sepulcral («De ti esperan venganza a sus agravios/ las injuriadas musas, y a ti solo/ fían su honor. ¿Y a quién mejor pudieran/ fiarlo sino a ti, que sus altares/ de aves inmundas y nocturnos búhos/ con mano victoriosa defendiste?» (10)). En definitiva, la obra poética de Blanco en

(7) Dendle, ob. cit., 368.

(8) *Ibid.*, 365s.

(9) Son mucho más evidentes los ejemplos de falacia patética en esta composición que en otras de los dos últimos años de Blanco. En *Una tormenta nocturna en alta mar* (1839; cf. *Antología de obras en español*) es sólo el título lo que permite esperar algo en este sentido, pues la composición resulta ser una emocionada efusión sobre la muerte y la transcendencia que no presenta sino levísimos indicios de contaminación afectiva con los elementos desencadenados.

(10) *Epístola a Don Juan Pablo Forner*; 1796; cf. *Antología de obras en español*.

España, siempre en el ámbito de la sentimentalidad, sólo en las mejores composiciones llega a expresar la conmoción patética diseñando una naturaleza que refleja la turbación del artífice; tampoco en Inglaterra su poesía, ni española ni inglesa, alcanza la expresión simbólica ni revela la fruición autocomplaciente de la pasión; el escritor sevillano, en fin, nunca concibe la propia escritura lírica como un modo radical de conocimiento. La obra poética de Blanco responde, a lo largo de toda su vida, a la expresividad propia de lo que N. Frye llamó la *edad de la sensibilidad* (11), sin sobrepasar los límites de su original conformación.

III. SALVO NIGHT AND DEATH

El 1814 el emigrado español, después de cuatro años de exilio, se adhiere a la Iglesia de Inglaterra; se dedica al estudio profundo de la religión anglicana; procura perfeccionarse en el manejo de la lengua inglesa; aprende griego, la lectura de cuyos clásicos no abandonará ya en el resto de

(11) «Towards defining an Age of Sensibility», *Fables on Identity*, New York-London 1963. La incardinación de criterios estéticos e historiográficos en la descripción y adscripción tipológica de obras literarias es cuestión ardua. El problema se acentúa cuando surgen nociones como la de prerromanticismo que tienden a ser interpretadas en un anacrónico sentido de anticipación. En el ámbito de la crítica hispánica R.P. Sebald ha intentado resolver estas cuestiones con su propuesta terminológica de *romanticismo dieciochesco* frente a *romanticismo manierista* decimonónico (cf. «La filosofía de la Ilustración y el nacimiento del romanticismo español», *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona 1983); el interés de su enfoque, sin embargo, reside en el énfasis puesto en la continuidad de los fenómenos artísticos, no en la terminología que continúa ofreciendo el flanco a entendimientos anacrónicos, sean anticipadores o retardarios. En la poesía de Blanco, tanto temática como formalmente, se observan grandes coincidencias con los patrones expresivos descritos por J. Arce (cf. «La sensibilidad prerromántica», *La poesía del siglo ilustrado*, Madrid 1980): la emotiva suspensión rítmica o la eficaz dureza de la cadencia que Blanco consigue utilizar en algunas de sus composiciones (cf. M.V. de Lara, 207-9) como medio de expresión del sentimiento inflamado, son usos suficientemente contrastados en Meléndez o Cienfuegos, lo que no haría sino ratificar la tesis de Dendle si no existieran muchos otros ejemplos que desdican estas técnicas en poemas de armoniosa arquitectura sonora a pesar de tratar el tema de la amistad, en relación sin embargo al de tan añejas resonancias de la caducidad (más aún para los jóvenes sevillanos que bien presente tienen al Rioja de las *Ruinas de Itálica*; cf. *A Licio* [Lista], en L.A. de Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII*, III, Madrid 1875); *En una ausencia* (*ibid*), composición en octavillas con rima aguda en los versos cuarto y octavo de cada estrofa, podría producir una engañosa impresión debido a su correspondencia con módulos rítmicos usados hasta la saciedad por el romanticismo hispano, cuando tal estructura no es sino aclimatación dieciochesca del aria metastasiana, de general utilización en la lírica finisecular. Siguiendo las ideas de Arce estos poemas podrían calificarse como *pre-románticos*; quizá para Sebald plantearía más dudas el tenerlos por *románticos*, visto que a veces no es muy deslindable el elemento sentimentalista de otros mucho más apegados a una concepción incluso *rococó* (así en algunas anacrónicas y traducciones de Gessner).

sus días; datos como estos, que aparecen dispersos en muchas de las páginas de su *Autobiografía*, indican la existencia de un proceso de reconducción intelectual en su más amplio sentido. ¿Qué ocurre con su lengua? Nos lo dice traduciendo del *Richard II* de Shakespeare cuando, casi una década después de concluida la empresa de *El Español* (1810-1814), «primer periódico de la oposición» como lo denominó V. Llorens en un trabajo homónimo (12), la necesidad lo induce a emprender la redacción de *Variedades* (1823-1825): «El idioma patrio que he aprendido/ mas de cuarenta años, me es inútil/ de hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua/ ya para mí sino harpa des-templada...?» (13). La lengua no es sólo un instrumento, es el ser en que se encarnan los afectos: zarandeado en ellos, Blanco dice sentirse perplejo ante su propia identidad cuando ha de renovar el uso de su idioma nativo; sólo muy al final de su vida lo hará, en el relato *Luisa de Bustamante* (1840), donde, aún con voluntad polémica, *disidente*, incluye unas seguidillas: «Mi deseo es que los poetas españoles se empeñen en reanimar una multitud de metros que casi han perecido al presente. ¡Cuánto daría por ver la medida latina de hexámetros y pentámetros naturalizada en España como lo está en Alemania! En mi opinión, los españoles no romperán enteramente los lazos de la imitación italiana hasta que no hallen otro metro serio además del endecasílabo» (14).

En inglés escribe las obras más significativas de la segunda mitad de su vida: *Letters from Spain* (1822), *Practical and Internal Evidence against Catholicism* (1825), *Observations on Heresy and Orthodoxy* (1835), y una larga serie de artículos críticos, en los que indaga mecanismos de creación literaria desde Don Juan Manuel hasta la novela histórica contemporánea, entre los que destacan los dedicados a Shakespeare.

Y *Night and Death* (1825), un soneto del que Samuel Taylor Coleridge afirmó: «[...] the finest and most grandly conceived Sonnet in our Language, —at least, it is only in Milton's and in Wordsworth Sonnets that I recollect any rival [...]» (15).

Si la de la poesía es siempre *otra* lengua, una lengua nocturna que indaga la tiniebla en los límites adonde la del día no alcanza perdida en el

(12) *Aspectos sociales de la literatura española*, Madrid 1974.

(13) Cf. *Antología de obras en español*.

(14) *Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra*, ed. I. Prat, Barcelona 1975, 57.

(15) En una carta a Blanco de 28-XI-1827, que éste copió en su *Private Journal* (cf. *The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself, with portions of his correspondence*, J. Hamilton Thom ed., London 1845, 3 vols., I, 439).

tráfago de la inmediatez representativa, la de *Night and Death* es otra por partida doble: una lengua nocturna que afronta la Noche expresamente. E incluso: el *extranjero* de Novalis (16), el poeta capturado en el exilio de su propio poema de Blanchot (17), jamás reconocerá aquí los sonidos de su voz sino como un eco, como un eco vertido en sonidos ajenos:

Mysterious Night! when the first man but knew
Thee by report, unseen, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely frame,
This glorious canopy of light and blue?

Yet neath a curtain of traslucent dew
Bathed in the rays of the great setting flame,
Hesperus with the host of heaven came,
And lo! creation widened on his view.

Who could have thought what darkness lay concealed
Within thy beams, oh Sun! Or who could find
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed,
That to such endless orbs thou mad'st blind!

Weak man! Why to shun death this anxuios strife?
If light can thus deceive, wherefore not life? (18).

(16) Cf. *Himnos a la Noche*, trad. E. Barjau, Madrid 1975.

(17) Cf. «La experiencia original», *El espacio literario*, Buenos Aires 1969.

(18) La traducción española que a continuación reproduzco es la primera de las dos versiones que del poema realizó Jorge Guillén siguiendo el original de 1838 (cf. Nota bibliográfica), cuyas variantes más destacables con relación al texto de 1825 se dan en los versos 1º (*our first Parent por the first man*), 2º (*from report divine por by report, unseen*) y 8º (*in man's view por on his view*):

¡Oh noche de misterio! Cuando te conoció
Nuestro padre inicial, según sacra noticia,
Y tu nombre escuchó, ¿no tembló —ya nocturno—
Ante el dosel glorioso de fulgor y de azul?
Pero tras la cortina —traslúcido rocío—
Que traspasan los rayos de occidental hoguera,
Héspero con las luces de aquellos cielos viene,
Y a los ojos del hombre la creación se ensancha.
¿Quién imaginaría que dentro de los rayos
Se ocultase tal sombra, quién, oh sol, pensaría,
Mientras se nos revelan hojas, moscas, insectos,
En orbes invisibles, porque tú nos cegaste?
¿Y tan ansiosamente luchamos con la muerte?
¿Si así la luz engaña, no habrá engaño en la vida?

La noche: invocada en quien la vio en su advenimiento primero. Pero quien ahora la invoca no es aquel primer hombre, ingenuo, «lleno de inocencia y verdad» (19); otro es el sujeto de la, ya, evocación: alguien que surge de la exacerbada luz, de las *lucis*, de la prepotencia de la razón, alguien que está clamando sin embargo porque se desvanezca «aquel triunfo del intelecto» (20). Noche: *oscuridad escondida entre los resplandores del Sol, temblor* (temor) por la pérdida de la luz, pero también revelación de *orbes innumerables* que el Sol escondía. La luz, privilegio de la vida, engaña, oculta lo que la tiniebla ilumina: la muerte, luz de la noche. No se trata de una inversión de los valores simbólicos habituales, miltonianos por ejemplo: la luz iluminación del alto al que se asciende, o iluminación que desciende de lo alto; la tiniebla abismo al que se desciende, o sombra que asciende veladora (21). Es un oxímoron estricto: ni contradicción, ni complementariedad: coincidencia, síntesis de opuestos que se concilian en una pregunta sin respuesta, suspendida: *¿no engañará la vida?* O, lo que es lo mismo en el seno de lo que ya no es dúplice sino uno: *¿no engañará la muerte?*

La noche no es *serena* (Fray Luis de León) ni *amable más que el alborada* (San Juan de la Cruz): no ofrece la seguridad de una matemática perfecta, ni hay música en sus esferas; ni el alba existe donde despertar en el seno del amado. La noche es pozo de la desposesión de la firmeza: en la noche se abandona cualquier barrunto de entendimiento, inferior (*razón*) o superior (*creencia*).

Ni es la noche primera al modo del *Criticón* de Gracián (22): allí el deslumbramiento es instrumento proporcionado a la poética de la maravilla (Andrenio), a una poética del deleite que se transforma en discernimiento (Critilo). La noche de Blanco es la de la turbación: revela la gnoseología de quien reconoce el misterio impenetrable.

Hesiodo, en sus *Trabajos y días*, narra el mito cosmológico de las cua-

(19) Cf. F. Schiller, *Sobre poesía ingenua y sentimental*, Barcelona 1985, 71.

(20) *Ibid. Ibidem.*

(21) En contra de la opinión de Llorens, que sostiene que el poema de Blanco es de filiación miltoniana (cf., «Historia de un famoso soneto», *Homenaje a Casaldueño*, Madrid 1972).

(22) Así lo sostiene Sordelli, «La noche primera en *El Criticón* de Gracián», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, IV (1936). La noche de Gracián se conforma semejantemente a la noche de la razón de Blanchot: «la noche es lo que el día debe disipar al fin: el día trabaja bajo el solo imperio del día, es conquista y tarea de sí mismo, tiende a lo ilimitado aunque en el cumplimiento de sus tareas no avance sino paso a paso y se aferre a los límites y a las fronteras. Así habla la razón, triunfo de las luces que simplemente ahuyentan las tinieblas» («El afuera, la noche», ob. cit. 157).

tro edades, desde el luminoso amanecer de la de oro al triste ocaso de la de hierro. El inicio del poema de Blanco nos sitúa en un paraíso ya crepuscular, ante un oro gastado; no nos conduce sin embargo hacia un tramonte lúgubre, rígido en su férrea dureza, sino ante lo que Novalis llamó la *ebriedad de la noche* (23). Y su pregunta última «no puede responderse. El poema es la ausencia de respuesta. El poeta es quien [...] mantiene en su obra la pregunta abierta. En todo tiempo, vive el tiempo del desamparo, y su tiempo es siempre el tiempo vacío donde debe vivir la doble [...] ausencia de los dioses que ya no están y que aún no están» (24).

Hölderlin lo escribió: «Nosotros no somos nada; aquello que buscamos lo es todo» (25).

NOTA BIBLIOGRÁFICA

a) Versiones del soneto

– Versión de 1825: *The Bijou: or Annual of Literature and the Arts*, London, 1828 [Primera versión del soneto, remitida a *The Bijou* por Coleridge. Fue asimismo publicada en *The Gentleman's Magazine*, 1835].

– Versión anterior a 1832: Manuscrito en la Biblioteca de Oriel College, Oxford, Correspondence nº 125 [Enviada por Blanco a Mrs. Hawkins, esposa del Provost de Oriel, donde el escritor reside entre 1826 y 1832. Debo estas noticias –así como las relativas a las traducciones del soneto, cf. *infra*– a A. Garnica y a J. Díaz, que preparan una edición de la poesía completa de Blanco].

– Versión no posterior a 1837: M. Artigas, «El soneto *Night and Death* de Blanco White», *Bulletin of Spanish Studies*, I (1924) [Se trata de la versión que Blanco prepara para su amigo Lista].

– Versión de 1838: *The Life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself, with portions of his Correspondence*, ed. J. Hamilton Thom, London, 1845 [El propio Blanco la incluye en su *Private Journal*, de donde Hamilton Thom la toma para su edición en el tercer volumen de *Life*. Es la versión publicada por A. Quiller-Couch en *The Oxford Book of English Verse*, 1939].

– Versión apócrifa: C[ampbell], J.D., «Blanco White's sonnet *Night and Death*», *The Academy*, London, 12-IX-1891 [A pesar de las declaraciones de Camp-

(23) Cf. ob. cit., III.

(24) Blanchot, «La experiencia original», ob. cit., 236.

(25) *Fragmento de Hiperión*, ed. M. Barrios Casares, Sevilla 1986, 23.

bell, la textura léxica parece indicar que se trata de una revisión de mano distinta a la de Blanco].

[Las diversas versiones, excepción hecha de la última reseñada, presentan leves variantes entre sí –la más significativa es un adjetivo *unseen* de la primera que se transforma en *divine* en las demás–, salvo la indicada en segundo lugar que altera substancialmente el verso 12º. La versión de que se parte en este trabajo es la de 1825].

b) *Traducciones al español*

– *La noche y la muerte*. Traducción de Clemente de Zulueta, Liverpool, 1835 (?) [Manuscrito inédito en la Universidad de Liverpool].

– *El sol y la vida*. Traducción de Alberto Lista, 1837 [A. Lista, *Poetas*, Madrid 1837, 2º].

– [Traducción de Rafael Pombo], anterior a 1882 [M. Menéndez Pelayo, «Blanco White», *Revista Hispano Americana*, 6, 7 (1882)].

– [Traducción de Enrique Piñeyro], 1910 [E. Piñeyro, «Blanco White», *Bulletin Hispanique*, XII (1910)].

– [Traducción de Fernán-Coronas, O.M.I.], 1919 [Fernán-Coronas, «Blanco White y Draconcio», *Boletín de la Real Academia Española*, VI (1919)].

– [Traducción de Miguel de Unamuno, en prosa], 1924 [M. de Unamuno, «Palabra de verdad», *Nuevo Mundo*, 25-VII-1924].

– *La noche*. Traducción de Antonio Elías, anterior a 1954 [J. de Entrambasaguas, «La traducción castellana del famoso soneto de Blanco White», *Revista de Literatura*, VI (1954)].

– *Noche y muerte*. Traducciones [se trata de dos versiones] de Jorge Guillén, 1969-1971 [Publicadas simultáneamente por V. Llorens («Historia de un famoso soneto», *Homenaje a Casaldueño*, Madrid 1972) y por J. Goytisolo (*Antología de la obra inglesa de Blanco White*, Buenos Aires 1972)].

– *La noche y la muerte*. Traducción de Esteban Torre, 1988 [*Anglo-American Studies*, VIII-2 (1988)].

– *La noche y la muerte*. Traducción de Dámaso López, 1988 [D. López, «El soneto sobre la Noche y la Muerte, de Blanco White», *Peña Labra*, 67 (1988)].

– *Noche y muerte*. Traducción de Manuel González Sosa, 1990 [*Archipiélago literario*, 1990].

– *Noche y muerte*. Traducción de Carlos Murciano, 1991.

— *La noche y la muerte*. Traducción de Jesús Díaz, 1986-1991.

[Las dos últimas traducciones reseñadas son inéditas, de próxima publicación en la colección de la poesía completa de Blanco preparada por A. Garnica y J. Díaz].

c) *Bibliografía crítica*

AMY, F.J.: «El mejor soneto inglés», *Predicar en desierto*, San Juan de Puerto Rico 1907.

ARTIGAS, M.: «El soneto *Night and Death* de Blanco White», *Bulletin of Spanish Studies*, I, 1924.

C[AMPELL], J.D.: «Blanco White's sonnet *Night and Death*», *The Academy*, London 12-IX-1891.

DÍAZ, J.: «Retorno a *Night and Death*», *Actas de las segundas jornadas de historia de la traducción*, León 1990 [en prensa].

ENTRAMBASAGUAS, J.: «La traducción castellana del famoso soneto de Blanco White», *Revista de Literatura*, VI, 1954.

FERNÁN-CORONAS, O.M.I.: «Blanco White y Draconcio», *Boletín de la Real Academia Española*, VI, 1919.

GARNICA, A.: «Blanco White, poeta inglés», *Filología moderna*, nº 56-57-58, 1975-1976.

GRAVES, R.P., en MAIN, D.M., *A treasury of English Sonnets*, Manchester 1880.

HUNT, L.: *The Book of the Sonnet*, I, London 1867.

LÓPEZ, D.: «El soneto *sobre la Noche y la Muerte*, de Blanco White», *Peña Labra*, 67, 1988.

LLORENS, V.: «Historia de un famoso soneto», *Homenaje a Casaldueiro*, Madrid 1972.

SORDELLI, V.O.: «La noche primera en *El Criticón* de Gracián», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, IV, 1936.

M. A. CUEVAS